

ha de ser necesariamente victoriosa, y la otra vencida necesariamente. Dos condiciones son necesarias para que exista una contienda: que la victoria sea posible, y que sea incierta la victoria. Toda batalla es absurda cuando la victoria es cierta ó cuando la victoria es imposible; de donde se sigue que, de cualquiera manera que se las considere, son absurdas esas batallas grandiosas trabadas por la universal dominación y por el sumo imperio, ahora sea uno el soberano, ahora dos los Emperadores: en el primer caso, porque el que es uno será perpetuamente solo; en el segundo, porque los dos no serán uno jamás, y serán dos perpetuamente. Esos combates gigantescos son de tal naturaleza, que, ó están decididos antes de trabarse, ó no se deciden después de trabados.

## CAPÍTULO V

### SECRETAS ANALOGÍAS ENTRE LAS PERTURBACIONES FÍSICAS Y LAS MORALES, DERIVADAS TODAS DE LA LIBERTAD HUMANA.

Hasta dónde hayan ido á parar los estragos de la culpa, y hasta qué punto se haya cambiado el semblante todo de la creación con tan notable desvarío, es cosa substraída á las humanas investigaciones; pero lo que está puesto fuera de toda duda, es que padecieron degradación juntamente en Adán su espíritu y su carne, por orgulloso aquél y ésta por concupiscente.

Siendo una misma la causa de la degradación física y de la moral, entrambas ofrecen portentosas analogías y equivalencias en sus varias manifestaciones.

Ya dijimos que el pecado, causa primitiva de toda degradación, no fué otra cosa sino un desorden; y como consistiese el orden en el perfecto equilibrio de todas las cosas criadas, y ese equilibrio en la subordinación jerárquica que mantienen unas con otras, y en la absoluta que todas mantenían con su Criador, síguese de aquí que el pecado ó el desorden, que es una cosa misma, no consistió en otra cosa sino en la relajación de esas subordinaciones jerárquicas que tenían las cosas entre sí, y de la absoluta en que estaban respecto del Ser Supremo; ó lo que es lo mismo, en el quebrantamiento de aquel perfecto equilibrio y de aquella maravillosa trabazón en que fueron puestas

todas las cosas. Y como quiera que los efectos son siempre análogos á sus causas, todos los efectos de la culpa vinieron á ser, hasta cierto punto, lo que ellas: un desorden, una desunión, un desequilibrio. El pecado fué la desunión del hombre y de Dios. El pecado produjo un desorden moral y un desorden físico. El desorden moral consistió en la ignorancia del entendimiento y en la flaqueza de la voluntad; la ignorancia del entendimiento no fué otra cosa sino su desunión del entendimiento divino; la flaqueza de la voluntad estuvo en su desunión de la voluntad suprema. El desorden físico producido por el pecado consistió en la enfermedad y en la muerte. Ahora bien; la enfermedad no es otra cosa sino el desorden, la desunión, el desequilibrio de las partes constitutivas de nuestro cuerpo; la muerte no es otra cosa sino esa misma desunión, ese mismo desorden, ese mismo desequilibrio, llevado hasta el último punto. Luego el desorden físico y moral, la ignorancia y la flaqueza de la voluntad, por una parte, y la enfermedad y la muerte, por otra, son una cosa misma.

Esto se verá más claro todavía, sólo con considerar que todos estos desórdenes, así físicos como morales, toman una misma denominación en el punto en donde nacen.

La concupiscencia de la carne y el orgullo del espíritu se llaman por un mismo nombre, el *pecado*: la desunión definitiva del alma y de Dios, y la del cuerpo y del alma, se llaman con un mismo nombre, la *muerte*.

Por donde se ve que el vínculo entre lo físico y lo moral es tan estrecho, que sólo en el medio puede observarse su diferencia, viniendo á ser una misma cosa en su fin y en su principio. ¿Y cómo había de ser de otra manera, si así lo físico como lo moral viene de Dios y acaba en Dios; si Dios está antes del pecado y después de la muerte?

Por lo demás, esta estrechísima conexión entre lo moral y lo físico podría ser ignorada de la tierra, que es puramente corpórea, y de los ángeles, que son espíritus puros; pero ¿cómo ese misterio ha de ser una cosa escondida para el hom-

bre, compuesto de un alma inmortal y de una materia corpórea, y que está puesto por Dios en la confluencia de dos mundos? Ni paró aquí aquella gran perturbación producida por el pecado; como quiera que no sólo Adán quedó sujeto á la enfermedad y á la muerte, sino que también la tierra fué maldecida á causa de él y en su nombre.

Por lo que hace á esta tremenda y hasta cierto punto incomprendible maldición, sin que sea visto que osemos penetrar en tan oscuros arcanos, y reconociendo como reconocemos que los juicios de Dios son tan secretos como maravillosas sus obras, parécenos, sin embargo, que una vez confesada en la teórica la relación misteriosa que ha puesto Dios entre lo moral y lo físico, y una vez confesada en la práctica, por ser, si bien en cierta manera inexplicable, hasta cierto punto visible en el hombre, todo lo demás es menos en este misterio profundo; como quiera que el misterio está en esa ley de relación, más bien que en las aplicaciones que de ella puedan hacerse por vía de consecuencia.

Conviene notar aquí, para el esclarecimiento de esta materia escabrosa, y en comprobación de cuanto llevamos dicho, que las cosas físicas no pueden considerarse como dotadas de una existencia independiente, como existiendo en sí, por sí y para sí, sino más bien como manifestaciones de las cosas espirituales, que son las únicas que tienen en sí mismas la razón de su existencia<sup>1</sup>. Siendo Dios espíritu puro y principio y fin de todas las cosas, es claro que todas las cosas en su principio y en su fin son espirituales: siendo esto así, ó las cosas físicas son vanas apariencias y no existen, ó si existen, existen por Dios y para Dios, lo cual quiere decir que existen por el espíritu y para el espíritu, de donde se infiere que siempre que haya una perturbación, cualquiera que ella sea, en las regiones espirituales, ha de haber forzosamente otra análoga en las regiones

<sup>1</sup> El autor se refiere sin duda, según añade luego, á sólo Dios; fuera de Dios, en efecto, no hay substancia alguna espiritual que tenga en sí la razón de su existencia (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

corpóreas; no pudiendo concebirse que estén quietas las cosas mismas, cuando hay una perturbación en lo que es principio y fin de todas las cosas.

La perturbación, pues, producida por el pecado fué y debió de ser general, fué y debió de ser común á las regiones altas y á las bajas, á las de todos los espíritus y á la de todos los cuerpos. El rostro de Dios, plácido antes y sereno, se conturbó con la ira; sus serafines mudaron de semblante, la tierra se cuajó de espinas y de abrojos, y se secaron sus plantas, y envejecieron sus árboles, y se agostaron sus hierbas, y dejaron de destilar licor suavísimo sus fuentes; y fué fertilísima en ponzoñas, y se vistió de bosques oscuros, impenetrables, pavorosos, y se coronó de montes bravos, y hubo una zona tórrida y otra frigidísima, y fué consumida por el fuego y abrasada por la escarcha y se levantaron en todos sus horizontes torbellinos impetuosos, y sus ámbitos fueron henchidos con el estruendo de los huracanes.

Puesto el hombre como en el centro de este desorden universal, á un tiempo obra suya y su castigo; desordenado él mismo más honda y radicalmente que el resto de la creación, quedó expuesto sin otra ayuda que la de la misericordia divina, á la impetuosa corriente de todos los dolores físicos y de todas las congojas morales. su vida fué toda tentación y batalla, ignorancia su sabiduría, su voluntad toda flaqueza, toda corrupción su carne. Cada una de sus acciones estuvo acompañada de un arrepentimiento; cada uno de sus placeres fué seguido de un dejo amargo ó de un dolor agudísimo; cuantos fueron sus deseos, tantos fueron sus pesares; cuantas sus esperanzas, otras tantas sus ilusiones; y cuantas sus ilusiones, otros tantos sus desengaños. Su memoria le sirvió de torcedor, su previsión de tormento; su imaginación no le sirvió de otra cosa sino de echar franjas de púrpura y de oro sobre su desnudez y miseria <sup>1</sup>. Enamorado del bien para el que había nacido, echó por

1 He aquí el curioso razonamiento que sobre este pasaje inserta el Sr. Gaduel:  
"El Santo Concilio de Trento dice que por el pecado original fué despojado el hombre

la senda del mal por donde había entrado; necesitado de un Dios, cayó en los insondables abismos de todas las supersticiones; condenado á padecer, ¿quién será capaz de hacer el recuento de sus infortunios? Condenado á trabajar con fatiga, ¿quién sabe el guarismo de sus trabajos? Condenada su frente

de los dones sobrenaturales; pero que en cuanto á los naturales, fué solamente herido, quebrantado. El Sr. Donoso va mucho más allá: porque si la *sabiduría* del hombre pecador no es más que *ignorancia*, ¡adiós su luz natural. Si su *voluntad* no es más que *flaqueza*, ¡adiós su fuerza moral natural! Y por último, si cada una de sus acciones está acompañada de un *arrepentimiento*, entonces no hay acciones virtuosas del orden natural; y no hay acto ninguno que, sin la gracia, no sea pecado. ¡Adónde vamos á parar! Esto es anular, no solamente la gracia, sino también la naturaleza..

El sentido de todas esas frases que tanto escandalizan al Sr. Gaduel, es el mismo que el de otras análogas de los teólogos y santos Padres y escritores ascéticos y aun de las Sagradas Escrituras. Véase, entre otros, el siguiente pasaje de Bo-suet: "¿Qué es nuestra vida—dice, sino un continuo extravío? ¿Qué nuestras opiniones sino otros tantos errores? Y ¿qué son nuestros caminos sino ignorancia?... Nunca me puedo fiar de sólo mi razón humana, pues siendo tan variable y tan insegura, y cayendo tantas veces como cae en error, no puedo tomarla por único guía sin exponerme á peligros manifiestos. Cuando considero en mí este mar turbulento, si así me es lícito llamar á la razón y á las opiniones humanas, imposible me es en espacio tan dilatado hallar asilo tan seguro ni retiro tan sosegado que no se haya hecho memorable por el naufragio de algún navegante famoso. Con razón se quejaba el pacientísimo Job, cuando al recordar la vehemencia de los dolores y las diversas calamidades que afligen la humana vida, lamenta con estas ó análogas frases nuestra misera ignorancia: "Vosotros que atravesáis el anchuroso mar, vosotros que nos traéis de lejanas tierras mercancías tan preciosas, decidnos si habéis averiguado, por ventura en vuestros largos y penosos viajes, ¿cuál es el lugar donde reside la inteligencia, y la dichosa comarca en donde se haya refugiado la sabiduría? *Unde sapientia venit et quis est locus intelligentiae?*" En verdad, que ni los ojos de los mortales aciertan á verlas, ni aun las aves del firmamento, ó sea los espíritus elevados, consiguen contemplarla: *Abscondita est ab oculis omnium viventium, volucres quoque coeli latet*. La muerte y la corrupción, es decir, la edad caduca y la vejez decrepita, que agobiadas por el peso de los años parece estar asomada á la puerta del sepulcro; la muerte, digo, y la corrupción nos están continuamente gritando: Al cabo de largas inquisiciones y laboriosas experiencias, hemos oído como un confuso murmullo, que nada nos deja decirnos de cierto: *Perditio et mors dixerunt: auribus nostris audivimus famam ejus*. (Job, XXVIII, 20, 21, 22.) Es imposible que la profunda ceguedad reinante en las cosas humanas no precipitase nuestros afectos en un desarreglo extraño; pues, así como el piloto á quien la tempestad y las tinieblas han quitado la luz de la razón al par de la de los astros, abandona el timón y deja la nave bogar á merced del mar y de los vientos, así también los hombres, perdida ya por sus errores la guía de los verdaderos principios, se han dejado arrastrar á merced de sus locuras; cada cual ha erigido en ídolo sus deseos, y así las reglas de las costumbres han llegado á verse totalmente pervertidas.. (Sermón para el Domingo de Quincuagésima sobre la Ley de Dios.)

"De resultas de nuestro pecado, nuestras inclinaciones naturales se dirigen á contrarios objetos; pues ciertamente la mayor parte de los hombres sigue su inclinación natural; pero no es difícil ver que esto es lo que domina en el mundo. A primera vista parece que solamente reinan los sentidos y que la razón está como oprimida y aun extinguida, pues únicamente se la escucha cuando fomenta las pasiones; sólo tenemos apego